

MEDEA: PRINCIPALES FUENTES DE UNA LEYENDA INMORTAL

Medea es un personaje inmemorial. Más antiguo que nuestra cultura y nuestra religión y del que no se conoce autor que lo haya creado. Dicho en otras palabras, Medea es un personaje tan remoto que ya es de todos, es decir, de nadie, de la Historia. Su huella se remonta como mínimo a ese tiempo legendario de los viajes de Ulises o la guerra de Troya, y puede que sea anterior.

Pretender, por tanto, fijar una cronología fidedigna del personaje resultaría vano, sobre todo si tenemos en cuenta que todavía hoy se defienden opiniones divergentes en cuanto a hechos históricos como la misma caída de Troya, que Desborough (1) data alrededor del 1250 pero Hammond (2) rebaja al 1200 a. C.

Sea como fuere, lo que sí parece indudable es que Medea nació después del derrumbe del mundo micénico, en plena ya Edad Oscura. Y como quiera que su figura no puede desconectarse de la saga de los argonautas, y en especial del héroe eólida Jasón, pertenece por derecho propio a ese selecto grupo de seres fabulosos que participó en lo que fue la primera gran epopeya griega de la que se tiene noticia, la que se fraguó en pos del mítico vellocino de oro.

En la misma *Odisea* encontramos diversas referencias a protagonistas y detalles concreto relacionados con esa expedición a la Cólquide.

Por un lado, Esón, padre de Jasón, y su hermano, el usurpador Pelias, aparecen en los versos 254-258 del Canto XI, por otro, la nave Argos y el rey Eetes, padre de Medea, pueden localizarse en el verso 70 del Canto XII del mismo poema homérico. Con ello se demuestra, como muy bien señala Conacher (3), que esta historia estaba muy extendida en tiempos anteriores a Homero. La propia Medea, aunque no mencionada por su nombre en la *Odisea*, tiene estrechas afinidades, tanto por la sangre como por sus dotes personales, con Circe, la maga de la isla de Eea, cuyo hermano Eetes, no se olvide, es padre de Medea.

García Gual en su edición de *El viaje de los argonautas* (4) afirma rotundamente que ya antes de Homero circulaban en boca de rapsodas errantes algunas versiones de tan fabulosa historia por las plazas de la Jonia, la Eólida o el Atica, pero al perderse estos antiguos cantares no pudieron llegar hasta nosotros y se tuvo que esperar muchos siglos para que un poeta helenístico como Apolonio reconstruyese de nuevo ese legendario viaje.

No es ahora la ocasión de analizar la estructura y los esquemas míticos de los que el poeta de Rodas se sirve (5), pero sin embargo conviene subrayar el hecho de que de ellos se deriva una conclusión pertinente: Apolonio en su obra no hace otra cosa que repetir los esquemas de una tradición muy antigua que combinaba el tópico de un viaje a tierras lejanas por parte de aventureros fabulosos comandados por un héroe con la superación de una serie de pruebas de carácter iniciático (domar toros, arar el campo, reconquistar símbolos sagrados), los *aethla*, que solían acarrear la conquista de una princesa lejana (6).

Todo esto nos muestra que Las Argonáuticas, primera versión épica de la vieja leyenda que tiene en Medea uno de sus principales protagonistas, se enraíza decididamente en la más venerable tradición narrativa, aquella cuyo arquetipo es el *folk-tale* o cuento folklórico.

Ya dijimos que, como tal, Medea no aparece en ningún verso homérico, en cambio sí podemos dar con ella en Hesíodo, el célebre poeta de la **Teogonía** y **Trabajos y días**, entre otras obras. Esto significa que si consideramos, como cada vez la crítica se atreve a afirmar con menos reservas, a Hesíodo como un autor más o menos contemporáneo de Homero (7), la primera alusión que nos llega de Medea data de la Edad Bárbara, también llamada Época Geométrica, cuando aparece el alfabeto fenicio y los primeros restos de cerámica protogeométrica.

Medea se viene a sumar, de este modo, a la extensa galería de genealogías divinas que el primer teólogo de Grecia redacta allá por el siglo VIII a.C. y que conocemos por el nombre de **Teogonía**. Concretamente, casi al final de la obra, en los apartados dedicados a los matrimonios entre dioses y al catálogo de los héroes, se habla repetidamente de Medea (8).

La primera referencia la hallamos entre los versos 958-962. Hesíodo nos informa de sus progenitores de esta suerte:

"Eetes, hijo de Helios que ilumina a los mortales, se casó con una hija de Océano, río perfecto, por decisión de los dioses, con Idía de hermosas mejillas. Ésta parió a Medea de bellos tobillos sometida a su abrazo por mediación de la dorada Afrodita" (9).

Aparte de lo aparentemente inesperado que resulta la atención que Hesíodo dispensa a los tobillos de la joven y que califica de *bellos* (10), nos interesa resaltar el hecho según el cual esta unión hace de Medea el resultado de una suma de dos elementos naturales: el fuego encarnado en su padre, nada menos que el hijo de Helios, y el agua simbolizada por su madre, nada menos que la hija del Océano, primogénito a su vez de los Titanes. Dos elementos contrarios que mal pueden avenirse, pero que, sin embargo, unidos abarcan prácticamente todo.

En las concepciones helénicas primitivas, el Océano rodea al mundo y se le representa como un río que corre alrededor del disco llano que es la tierra. De igual manera para los griegos, Helios, asimismo descendiente de los Titanes, recorre con su carro todas las mañanas la extensión completa de la tierra pasando por el centro del cielo y yendo cada anochecer a dar al Océano, donde se bañan sus fatigados caballos. Este largo camino entre Oriente y Occidente, Helios lo hace cada día y así podrá verlo todo, por lo que se le considera el ojo del mundo (11). Un ojo que, por cierto, al mirarnos nos alumbra.

Medea será, por consiguiente, la nieta del que todo lo ve y de la que todo lo rodea, un ser, pues, dotado de unas facultades que la harán, al tiempo, temida y deseada.

Su personalidad, con frecuencia colérica y altiva como la de su padre, pero otras veces, dulce y generosa, podría explicarse ahora a la luz de la confrontación del fuego con el agua.

La segunda observación, de los versos 992 al 1002, se centra más en nuestro personaje y nos suministra otros datos:

"A la hija de Eetes, rey vástago de Zeus, el Esónida, por decisión de los dioses sempiternos, se la llevó del palacio de Eetes al término de las amargas pruebas que en gran número le impuso un rey poderoso y soberbio, el violento, insensato y osado Pelias. Cuando las llevó a cabo, volvió a Yolcos el Esónida, tras muchos sufrimientos, conduciendo en su rápida nave a la joven de ojos vivos y la hizo su floreciente esposa. Entonces ésta, poseída por Jasón, pastor de pueblos, dio a luz un hijo: Medo, al que educó en las montañas Quirón, hijo de Fílira. Y se cumplió por completo la voluntad de Zeus" (12).

Según Hesíodo, será Jasón, el Esónida, el que tome la decisión de adueñarse (aunque parece casi un rapto) de la joven colca. Nada se dice, en cambio, del papel que Medea pudo jugar en la consecución del objetivo que había traído a Jasón a su tierra o de sus propios sentimientos con respecto al héroe griego.

Por el contrario, se cita a Pelias en términos nada misericordiosos y se le acusa de ser el culpable de los sufrimientos padecidos por el Esónida hasta su regreso a Yolcos.

Es bien sabido que Pelias, hermanastro de Esón, le arrebató a éste, padre de Jasón, el reino de Yolcos y por temor de que se cumpliera una profecía del oráculo de Delfos que le prevenía del hombre que llevarse calzado un sólo pie, al ver a Jasón con una sola sandalia, le envió a la conquista del vellocino de oro con el velado propósito de desembarazarse de él para siempre. Entre tanto, había tenido tiempo para maquinarse las muertes de su hermanastro y del hijo de éste, Prómaco, hermano menor de Jasón. Con lo que nunca contó Pelias fue con la activa participación de una tal Medea en la conquista de la piel áurea del carnero.

Junto a Jasón (como aquí apunta Hesíodo) Medea también llega a Yolcos y será precisamente ella quien se encargue de provocar su muerte, haciendo creer a sus hijas que podía rejuvenecer a su padre descuartizándolo e hirviéndolo en una vasija, para lo cual hace una prueba con un viejo carnero que sale del recipiente hecho todo un corderito. A la vista de los resultados, las hijas se animan, y después de descuartizar al padre lo hierven de acuerdo con las instrucciones de Medea. Pero Pelias jamás resucitará.

Naturalmente todo esto no lo sabemos por Hesíodo sino, más bien, por Apolodoro que nos relata la historia en el Libro Primero de su *Biblioteca* (13).

Hesíodo, sin embargo, sí nos da noticia de la unión conyugal de Jasón y Medea y del posterior fruto de ésta, Medo, educado por el centauro Quirón, que ya lo hiciera con su padre.

De la presencia de este hijo nada se sabe si exceptuamos esta breve referencia hesíoda (14) y en torno a él se abate un oscuro silencio.

Hasta aquí el rastreo de Medea en uno de los primeros poetas de la Grecia prearcaica. Después, las pistas se pierden durante mucho tiempo y tenemos que esperar al siglo V a. C. para toparnos de nuevo con más señas de la joven princesa bárbara. Las

encontraremos en el que fue quizá el mayor poeta lírico de la antigüedad, Píndaro.

Cuando la conocida como Edad Arcaica griega daba ya sus últimos estertores, este poeta aristócrata dedica su famosa *Pítica IV* (probablemente su oda más sublime) a Arcesilao IV, a la sazón príncipe de Cirene, por el triunfo de su carroza en la carrera que se celebró en Delfos en el año 462 a. C.

La oda en cuestión arranca del oráculo delfico y la profecía que Medea realiza sobre el nacimiento de la ciudad de Cirene "en la cima de un blanco collado". El canto se alarga unos 300 versos (es el más extenso de los poemas pindáricos) y en resumen nos cuenta las razones del viaje a la Cólquide de Jasón, que ya conocemos, y los posteriores avatares vividos por algunos de los argonautas acompañantes del Esónida al regreso de tan lejano reino. Especialmente se centra en el episodio de Tera donde Medea vaticina a Eufemo el futuro. Y el futuro es que éste engendrará, con la ayuda de una mujer de Lemnos, una estirpe que pasará después de diecisiete generaciones a fundar la ciudad de Cirene, cuna, por cierto, de Arcesilao a quien va dirigida la oda, como ya hemos señalado.

Por lo que hace a nuestro estudio, lo más sobresaliente de este poema es el inédito perfil que adquiere Medea en sus versos. Desde el principio Píndaro nos la presenta como una profeta, una adivina del futuro. Ya en el verso 5 y siguientes puede leerse:

*"La sacerdotisa vaticinó de Bato, colonizador de la fructífera Libia, que dejando por la isla sagrada fundaría una ciudad por sus carros afamada en la cima de un blanco collado, y que de Medea el oráculo cumpliría en la decimoséptima generación".*¹⁵

Y un poco más abajo, en la primera antístrofa, "la hija animosa de Eetes, (...) princesa de los colcos" (16) les predice a los argonautas que Libia (diosa y epónimo de la región) dará origen a un plantel de ciudades tuteladas por Zeus Ammón. Augurio que por supuesto se cumplirá.

Por si quedara alguna duda, en la estrofa XI Píndaro califica a Medea de "extranjera experta en toda magia" (17) y hace de ella el verdadero factótum del triunfo de Jasón en todas las pruebas a que lo somete su padre.

Entramos aquí en un terreno que abonado por el poeta de la *Pítica IV* ha sido luego profusamente explotado por una pléyade de autores cuya estela ilumina aún nuestros días.

En todo caso, que a Medea no podía resultarle indiferente el mundo del sortilegio se intuye desde el momento que Homero nos relata en el Canto X de su *Odisea* (18) la arribada de la nave de su héroe a la isla de Eea (19). Hablando Odiseo en primera persona nos hace saber:

"Y llegamos a la isla de Eea, donde habita Circe, la de lindas trenzas, la terrible diosa dotada de voz, hermana carnal del sagaz Eetes: ambos habían nacido de Helios, el que lleva la luz a los mortales, y de Perses, la hija del Océano" (20).

No hará falta recordar el humillante y comprometido hechizo a que Circe somete a los compañeros del padre de Télemaco, que se ven, en un momento, encerrados en pocilgas como cerdos y comiendo las bellotas que la maga les echa burlonamente. Pero Circe no sólo ejerce la magia con intenciones malignas, sino que si quiere puede ser una taumaturga benefactora, como cuando le aconseja a Odiseo de los pasos a seguir para llegar hasta Tiresias (por cierto, otro adivino) con el fin de pedirle oráculo.

Hesíodo, igual que con Medea, también cita a Circe, pero sin aportar más información que la de su escueta filiación (21).

De la lectura comparada del Canto X de la *Odisea* y la *Pítica IV* se desprenden íntimas relaciones y hasta comportamientos similares entre Circe y nuestra arrojada heroína, unidas, de este modo, más allá de la magia.

Por un lado, no podemos obviar los lazos de sangre que las unen, al ser la primera tía de la segunda. De Circe se sabe ciertamente que su padre era el mismo que el de Eetes, Helios (el que todo lo ve); en cambio, de su madre los testimonios son más controvertidos. Aunque Homero y Hesíodo la dan por hija de Perseis, otros autores más tardíos (22) la unen a Hécate, diosa a la que es atribuida la invención de la hechicería. Sea o no madre de Circe, la leyenda ha vinculado a Hécate con la familia de los magos más afamada de la antigüedad clásica, Eetes y Medea de Cólquide, pudiendo ser ésta última una de sus sacerdotisas.

Así pues, parece que los atributos mágicos Medea los hereda de familia distinguiéndose acaso por ser ella la que los utiliza con mayor iniquidad.

Pero no acaban aquí los paralelismos entre tía y sobrina. Ambas, en efecto, tienen un corazón demasiado impresionable y se enamoran con excesiva ligereza.

Circe, una vez que descubre quién es Odiseo, y sin esperar mejor ocasión, le espeta: "*Conque vamos, vuelve tu espada a la vaina y subamos los dos a mi cama, para que nos entreguemos mutuamente unidos en amor y lecho*" (23), y por amor lo retendrá junto a ella un año entero, tiempo que aprovecha admirablemente para tener dos hijos de él, Telégono y Casífone.

Medea en cuestiones sentimentales tampoco se anda con muchos remilgos. Sólo le basta con ver a Jasón en el esplendor de su belleza de veinte años para sentirse arrebatada y como herida por el fuego del deseo. Ésto, que se vislumbra en Píndaro, se verá, siglos después, con toda claridad en Apolonio de Rodas.

La hipótesis del rapto queda, por fin, desechada para Píndaro cuando en el verso 250 de su oda se afirma de Jasón que "*raptó a Medea, porque ella lo quiso*" (24), uniendo así su destino al de una mujer que al entregarse en cuerpo y alma al amor provocó una tempestad de sangre y lágrimas. De "*asesina de Pelias*" la califica el propio Píndaro, por ejemplo.

Pero de esa tempestad nada sabemos por este poeta que acabó su *Pítica* ensalzando a su benefactor Arcesilao, como no podía ser de otra manera.

Abundando en el asunto del incierto rapto se pronuncia otra de las grandes lumbreras que jalonan el siglo de Pericles, Herodoto, contemporáneo de Píndaro.

Nada más abrir el primer libro de su magna *Historia* (25) el erudito de Halicarnaso, enfrascado en el debate sobre el origen del enfrentamiento entre griegos y bárbaros de Asia, pone en boca de historiadores persas la explicación siguiente:

"Pero a continuación, los griegos fueron los autores del segundo incidente. En efecto, llegaron por mar, en un navío de combate, a Ea en la Cólquide y al río Fasis, y de allí, una vez cumplido el objeto de su viaje (26), raptaron a la hija del rey, Medea. El rey de los colcos envió entonces un heraldo a Grecia para exigir satisfacciones por el rapto y reclamar a su hija, pero los griegos respondieron que los fenicios no les habían dado satisfacciones por el rapto de la argiva (27), y por consiguiente, tampoco ellos iban a dárselas" (28).

Dando un paso más, Herodoto, respaldándose siempre en testimonios persas, asevera que el propio Alejandro (que no es otro que Paris), hijo de Príamo, para vengar aquel rapto apuntó tan alto que se decidió a hacer lo mismo con Helena, la mítica hija de Zeus, la más bella de todas las mujeres, provocando con ello la contienda de mayor propapia que en el mundo ha habido, la guerra de Troya.

De ser esto cierto, el rapto de Medea pasaría a otra categoría, sin duda superior, la que se ocupa de las leyendas-arquetipo de mujeres que bien de un modo fortuito, bien deliberadamente han dado origen a grandes acontecimientos que marcaron el espíritu de una época o modificaron el regular curso de las cosas, como ocurre con la misma Helena o con la mítica Pandora.

Por lo demás, conviene saber que en lo que se refiere al rapto, la actitud de Medea, como la de Helena, deja vía libre a distintas interpretaciones. Unos, como ya hemos visto, recalcan que se llevaron a cabo con el consentimiento de las supuestas víctimas (en el caso de Helena parece seguro que influyeron mucho la riqueza y belleza del propio raptor), otros, entre los que se incluye Herodoto, lo entienden de forma algo distinta y lo achacan más a la vileza de los hombres que a la debilidad de las mujeres.

De cualquier modo, no deja de ser intrigante el comentario con el que Herodoto liquida tan espinoso asunto:

"Los persas, en realidad, consideran que raptar mujeres constituye una felonía propia de hombres inicuos, pero piensan que tener empeño en vengar los raptos es de insensatos, y de hombres juiciosos no concederles la menor importancia, pues, desde luego, es evidente que si ellas, personalmente, no lo quisieran, no serían raptadas" (29).

En definitiva, una de cal y otra de arena. Mas no nos detengamos en lo que ya no tiene arreglo y pasemos a examinar la que, con el tiempo, se ha convertido en la pieza si no clave, al menos, más notoria de la bibliografía de nuestra aguerrida princesa, la Medea de Eurípides.

Eurípides, de la generación de Herodoto y, por tanto, vecino también de la gloriosa Atenas de Pericles, dará un impulso profundo y definitivo a nuestro personaje, haciendo de ella la protagonista absoluta de una de sus más logradas y representadas tragedias, la homónima **Medea** (30).

Otra cosa es que la Medea del poeta de Salamina se atenga a lo que los mitógrafos hayan dicho o repetido de ella.

Como justifica Lesky en su **Historia de la Literatura Griega**, *"el signo que caracteriza a este hombre (Eurípides) es la inquietud espiritual"* (31). Desde este punto de vista, el famoso dramaturgo tenderá a hacer de sus principales personajes seres de carne y hueso, incidiendo, en especial, en los temperamentos, aun aceptando que lo pueda hacer sin una premeditación o propósito concreto y a remolque de lo que dicte la propia acción del argumento dramático (32).

Haya o no intención, nos inclinamos más por la tesis de Lesky que sostiene que *"para Eurípides el centro de todos los acontecimientos es el ser humano"* (33), y en este sentido se puede hablar del autor de **Medea** como de un explorador de psicologías.

Estrechamente vinculado con el punto anterior aparece el hecho de que en muchas de sus tragedias (por ejemplo, **Hipólito**, **Andrómaca** o **Bacantes**) nuestro autor desarrolla motivos, en su tiempo inabordados, de la vida doméstica que a los ate-

nienses del siglo V debieron resultarles algo raros.

El aburguesamiento de los temas en escena tales como los celos, la situación lacerante de la mujer, los problemas matrimoniales o las duras críticas a los dioses (34), trajo como consecuencia que los héroes eurípedeos se humanicen demasiado, llegando a resultar hasta patéticos o ridículos. Y quizá sea ésta una de las causas del escaso éxito del que gozaron estas obras en vida del autor, sobre todo si lo comparamos con el que obtuvieron las de Sófocles, coterráneo suyo.

En cualquier caso, Eurípides no es un poeta de afirmaciones y verdades elevadas, sino de interrogaciones y terrenales dudas. Sus innovaciones, además, no se circunscriben al estilo y temas de su teatro, sino que, cuando le conviene, no tiene reparo en introducir modificaciones con respecto a la tradición que rige en la transmisión de las antiguas leyendas y mitos. Este es el caso de **Medea**.

Es bien sabido que Eurípides localiza a su trágica heroína en Corinto y se ciñe exclusivamente a los luctuosos acontecimientos acaecidos en esa ciudad del Peloponeso, en virtud de los cuales Medea se ve obligada a huir por los aires hasta llegar a Atenas, donde terminará cohabitando con Egeo, hijo de Pandión. Muy poco o casi nada se nos dice de los detalles que han motivado el exilio de Jasón y de ella misma en Corinto, escapando de Yolcos. Y menos aún, de lo que les ocurriera en el ínterin de su accidentado periplo a la vuelta de la Cólquide. Por lo demás, lo poquísimos que sabemos nos lo comunican personajes secundarios y más o menos espectadores de la trama, como la nodriza.

Es patente que a Eurípides le interesa, por encima de cualquier otra consideración, hacer de Medea una mujer atormentada que inspire pánico, una hechicera capaz de idear, por venganza, arriesgados crímenes y acometerlos sin piedad, incluido el peor de todos, el filicidio. Una mujer proterva a la que, sin embargo, a poco que se distraiga, no le es posible ocultarnos la carcoma de la duda en su voluntad y las abiertas heridas del amor en su corazón, acaso excesivamente humano.

Todos estos ingredientes Eurípides los combina impecablemente como recursos dramáticos, consiguiendo de su tragedia su obra más perfecta, pero es muy posible que ninguno de ellos sea cierto.

Según nos revela Conacher (35), algunas tradiciones unen a Medea con Corinto, pero de un modo harto distinto al que nos propone Eurípides (y asimismo Apolodoro, como más tarde veremos). Haciéndose eco de un relato originado en el siglo VIII a. C. por Eumelo, Conacher nos transmite que el abuelo de Medea, Helios, le regaló Corinto a Eetes. Cuando Buno (que recibió de Eetes el trono de Corinto) murió, los corintios convocaron a Medea para que fuera su reina, y gracias a ella Jasón logró ser rey.

Por lo que se refiere a sus hijos, Pausanias (siguiendo a Eumelo) dista mucho de sugerir cualquier indicio de asesinato por parte de la madre. De acuerdo con el ilustre geógrafo, Jasón abandonó a su mujer porque ésta ocultó a sus hijos en el templo de Hera creyendo que así los convertiría en inmortales, como la diosa le había prometido (36), sin imaginar que tal estancia acabaría por acarrearles la muerte. Jasón aparecería, entonces, abandonando a Medea no sólo por haber ocultado a sus hijos, sino por exponerlos a unos peligros que terminaron con sus vidas.

Y todavía existen otras versiones antiguas difundidas también por Pausanias que coinciden en acusar a los corintios de la eliminación de los hijos de Medea, ora por

resentimiento contra el dominio de una meteca y bruja, ora por los familiares de Creonte, rey de Corinto, que matan a los niños en venganza por lo que su madre había hecho con su pariente.

Lo más interesante de todos estos relatos, como subraya Conacher (37), es que ninguno de ellos hace responsable a Medea del intencionado sacrificio de sus hijos.

Tenemos que convenir, por tanto, en que Eurípides es el artífice de que a la abultada lista de crímenes de Medea (en la que se cuenta con fratricidios y regicidios) haya que sumar ahora un doble filicidio.

De este modo, al finalizar la lectura de la tragedia eurípidea, descubrimos un retrato del personaje que ha dado un enorme salto cualitativo que terminará por convertirlo en el paradigma, ya universal, de cierto tipo de mujer pérfida, orgullosa e invicta, casi la encarnación del mal. En este sentido, téngase en cuenta que Eurípides concluye su obra sin castigar a Medea por sus crímenes, más bien es ella quien se sale con la suya, procurándole a su traidor esposo un sufrimiento insoportable mientras ella lo sigue atormentando desde un carro alado, en las alturas, como un *deus ex machina*.

Dejemos a Medea esfumándose por los aires de la Hélade para dar otro salto en el tiempo y llegar hasta el siglo III a. C. en el que brilla con luz inextinguible la única epopeya helenística larga de la que se tiene noticia, las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas.

Mucho tiempo hemos tenido que esperar para acceder a los detalles pormenorizados de la saga de los argonautas, que hasta la fecha habían permanecido dispersos, incompletos o sencillamente se habían extraviado. Apolonio, reconstruyendo minuciosamente los pormenores de la vieja leyenda, se erige en la autoridad prominente a partir de la cual nos es posible interpretar los hechos y personajes que se suceden en tan principal aventura.

Pero nosotros, por razones que resultan de rigor, pondremos exclusivamente el acento en lo que de Medea se diga en la obra del poeta alejandrino. No obstante, y dada la repercusión de esta epopeya en la literatura y cultura griegas, creemos necesario incidir en algunos puntos relativos a esta expedición.

En primer lugar, entre los argonautas que en un total de cincuenta y seis, según Apolonio, salen a la búsqueda del vellocino de oro, se encontraba lo más granado de la juventud aquea: nada menos que veinte reyes e igual número de hijos de dioses, todos ellos comandados por Jasón.

Del vellocino sabemos que fue Frixo quien lo hizo llegar hasta tierras colcas. Parece ser que el padre de Frixo quiso sacrificar a éste junto con su hermana Hele, pero Zeus envió providencialmente a los niños un carnero alado de piel de oro, el cual los salvó del sacrificio. Cabalgando el carnero, Frixo y Hele partieron hacia Oriente, pero Hele cayó al mar y se ahogó. Cuando Frixo llegó a la Cólquide, el rey Eetes lo acogió cariñosamente y le dio la mano de su hija Calcíope, hermana de Medea. En pago por tan dulce trato, Frixo sacrificó el carnero y ofreció el vellocino al rey, que lo consagró a Ares mientras lo clavaba en una encina de un bosque cercano (38).

Está claro que para Eetes el vellocino era un presente valiosísimo que tenía un valor simbólico añadido: venía de Grecia y era de oro, metal identificado con el sol, su egregio progenitor. Convendría, a tal efecto, rememorar que para los griegos la Cólquide

equivalía al Oriente, el lejano lugar por donde sale, cada mañana, el sol, divinidad anterior a los Olímpicos. Esto explica sobradamente que desprenderse del vellocino áureo, ese símbolo tan afín a su estirpe, fuese lo último que el padre de Medea deseara, y que recibiera con tanta aspereza a Jasón y a sus acompañantes. Lo que Eetes nunca pudo imaginar es que la menor de sus hijas, por el súbito amor a un extranjero, fuese capaz de agenciarse el modo de ayudarle a superar unas pruebas que él se había cuidado mucho de hacer imposibles.

La impagable iniciativa de Medea a favor de un desconocido, y a espaldas y en contra de su padre, Apolonio la convierte en el nudo argumental del Canto III de su obra y logra el momento estelar en el que descubrimos al personaje tal cual es, en el uso de todas sus facultades.

La chiquilla de corazón atónito, ruborizada por la belleza del héroe e impotente ante su suerte que vimos unas escenas antes, cuando aún estaba desnuda de lenguaje y ya había sido asaeteada por el niño Eros, deja paso a una mujer que se nos presenta como la gran hacedora de prodigios, sacerdotisa aventajada de Hécate, diosa de la prosperidad y soberana de la magia.

Estos son los materiales, a primera vista antagónicos, con los que Apolonio conforma la urdimbre del carácter de su heroína. En ellos podemos encontrar las claves psicológicas del discurso y comportamiento de Medea a lo largo del resto de la epopeya: el amor y la conciencia de saberse prodigiosa. Ambos combinados escrupulosamente para hacer avanzar la aventura hasta el anhelado atraque en Yolcos.

En las *Argonáuticas* Medea no es tratada de mujer arrebatada y visceral, a un paso de la demonización, como ocurre con Eurípides; el poeta que fue bibliotecario en Alejandría se limita a presentárnosla como prototipo de doncella entregada generosamente a su primer amor, para el cual se entrena con toda la voluntad pero sin el necesario juicio. Todavía no es la mujer traicionada y herida de la tragedia eurípidea y esa experiencia que no tiene la hará, sin remedio, inocente y vulnerable.

No se ha insistido oportunamente en las circunstancias que propiciaron la acción de Medea en la consecución de los durísimos objetivos impuestos a Jasón por su padre. Ella, en realidad, nunca se hubiera atrevido a tomar activo partido por el Esónida de motu propio. Antes bien, como se recordará, tiene que ser un sobrino de Medea, Argos (39), el hijo mayor de Calcíope y Frixo, quien se decida a hablarle así a Jasón:

"Esónida, encontrarás reprobable el plan que voy a proponer, pero no conviene abandonar ningún medio en la desgracia. Antes me has oído que hay una doncella práctica en filtros según las técnicas de Hécate Perseida. Si la convenciéramos, creo, ya no habría temor de que perecieras al competir" (40).

Pero Jasón, muy al contrario de reprobárselo, se lo piensa mientras el joven sigue exponiendo el plan y, por fin, le responde:

"Amigo, si eso te parece bien, no lo rechazo. Ve y con firmes palabras suplica a tu madre e intenta persuadirla. Nos queda una esperanza de verdad miserable cuando abandonamos nuestro regreso en manos de las mujeres" (41).

Consciente de su improbable éxito, Jasón consiente en recurrir a una mujer, aunque con poca fe. Las palabras finales, puestas en su boca, resultan, cuando menos, un despropósito del que tendrá, con el tiempo, que arrepentirse. ¿Qué hubiera sido de él

sin Medea? Probablemente su cadáver hubiera sido colgado lejos de la ciudad ya que los colcos sólo entierran a las mujeres.

Una vez que en asamblea aprueban (con la sola oposición de Idas, que ve un ultraje a su masculinidad el plan de sus compañeros) pedir el concurso de Medea, el sagaz Mopso alerta: *"Hay que abordar con palabras a la doncella tratándola con toda astucia"* (42).

Calcíope, como le había solicitado su hijo, intercede ante su hermana por los griegos, y ésta, ya de por sí inclinada gracias al amor que le altera los nervios y le provoca alucinaciones a socorrer al extranjero, determina ponerse de su lado a sabiendas de que tendrá que emplearse a fondo y perder, de ese modo, padres y casa, lo cual la aboca al destierro y la orfandad.

No es de extrañar, pues, que cuando los indicios del papel desempeñado por su hija en la conquista del vellocono se aclaren y agolpen en la mente del rey colco, aquella, aterrorizada por el tamaño de la venganza de su padre, resuelva partir en la Argos con la esperanza de verse convertida en esposa de Jasón, como ya él le había prometido.

Que el juramento que Jasón consuma abrazado a Medea y poniendo por testigos nada menos que a Zeus y Hera, se vea inducido por el interés personal (no se había hecho aún con la piel del mítico carnero) o el agradecimiento, y no por verdadero amor, es más una villanía del héroe que una presión de la princesa. Jasón nunca termina de comprender cuán desesperada es la posición de Medea, sin patria, sin padres y sin futuro. Por eso, cuando perseguidos implacablemente por las naves colcas capitaneadas por Apsirto, hermano de Medea, se ven los argonautas frente a las islas Brigeas sin posibilidad de escapatoria, nos resulta particularmente indecente que Jasón no tenga escrúpulos en pactar una solución que perjudica seriamente a Medea, poniéndola, incluso, en grave peligro.

Comprendemos entonces mejor el sentir de Medea y compartimos sus palabras:

"¡Esónida! ¿Qué es ese pacto que habéis acordado sobre mí? ¿Acaso te han llevado de tal modo tus triunfos a actos de olvido, que ya no te acuerdas de lo que decías en público, apurado por la necesidad? (...) ¿A dónde se han ido tus amables promesas? Por esas yo, contra mi deber, en un arranque indecoroso, abandoné mi patria, el esplendor de mi casa y a mis padres (...) te sigo hacia la tierra de Grecia como tu hija y esposa y hermana. Así que ¡Protégeme ahora, por todos los medios, y no me dejes abandonada por ti tan lejos (...) o bien ahora enseguida con tu espada córtame por mitad la garganta, para que me lleve el pago apropiado a mi locura!" (43).

Muy poco tiempo le ha bastado a Jasón para demostrar a la que lo ha dado todo por él y se ha quedado sin nada que no está a la altura de su amor. Vuelve a evidenciarse la debilidad de Jasón que, como lo llamara Paul Diel, no es más que un héroe "cojo" (sin sandalia) y "desfalleciente" (44).

Se ha repetido hasta la saciedad que sobre Medea pesa un crimen horrible: el asesinato de su hermano Apsirto, el primer homicidio de la maga —y el único— del que se ocupa Apolonio. Ciertamente los pormenores de este crimen causan espanto, no obstante, conviene detenerse un poco más en las causas que lo motivaron.

A nadie se le oculta que la idea y posterior planificación del crimen partieron, en efecto, de Medea. Y que ella con la sangre de su hermano conseguía salvar su vida. Pero

nos quedaríamos sin entender todos los detalles de la trama si no reparamos en que es Jasón quien con sus lamentos y quejas ingratas le recuerda que la culpable de su actual situación es ella, al ser la pieza codiciada por los colcos y la obsesión de su padre que ha ordenado a Apsirto que la recupere al precio que sea. En ningún caso, Jasón está dispuesto a librar batalla por ella ya que según él, la perdería. La pone, así, entre la espada y la pared. El próximo paso será, necesariamente, desarrollar una estrategia lo más efectiva posible para acabar con Apsirto sin que él oponga resistencia. Y eso, naturalmente, corre a cargo de Medea. Ella es el cerebro, él la mano ejecutora. Así están repartidos los papeles, y conforme a ellos, Medea atraerá a su hermano al templo de Artemis para que Jasón pueda abatirlo a golpes de espada. Los detalles están contados por Apolonio en una escena de estremecedora crueldad:

"Y allí se daban los dos hermanos detallados consejos mutuamente, cuando del espeso matorral saltó el Esónida blandiendo en su mano su espada desnuda. Enseguida la joven apartó su mirada cubriéndose con el velo para no ver la muerte de su hermano en el momento del asesinato. Jasón le lanzó un golpe como para matar a un toro enorme de robustos cuernos (...) Exhalando su ánimo en sus últimos instantes, Apsirto intentaba contener con los dedos la sangre negra de su herida, y con ella manchó de rojo el velo blanco y el manto de Medea que escapaba" (45).

Lo que viene después es la macabra ceremonia del culpable: "El héroe Esónida mutiló las extremidades del muerto, lamió tres veces su sangre y tres veces escupió de sus dientes la impureza, rito de los asesinos con el que expían los crímenes emboscados. Ocultó el cadáver húmedo en tierra, donde aún yacen aquellos huesos entre las gentes apsirteas" (46).

La escena no parece dejar lugar a dudas en lo que a la autoría se refiere; la responsabilidad, en cambio, está más repartida. Ambos comparten ese crimen que desde ahora los unirá también en el delito y la impiedad, incluso más que en el amor.

No es casual que tanto Zeus como Circe desapruében esa acción (calificada de "atroz" por la maga) y los obliguen a purificarse a través de un sacrificio que escenifica la tía de Medea antes de expulsarlos de su casa.

Las circunstancias de la boda son, asimismo, muy significativas. Como las naves colcas no cejan en su empeño de capturar a Medea y vienen pisándoles los talones a los argonautas, éstos se refugian en Corcira, donde habita Alcínoo, rey de los feacios. Medea, cada vez menos convencida del amor de Jasón, se ve forzada a suplicar resguardo a Arete, esposa de Alcínoo, después de decepcionarse por la actitud demasiado contemporalizadora de los héroes, a los que les recuerda:

"¡Por vosotros, sí, oh magníficos, y por vuestros trabajos, estoy yo ahora acosada! (...) gracias a mí pronto llevaréis de regreso a Hemontía (47) el vellocino de oro. Esa misma soy yo, que ahora he perdido mi patria y mis padres, y mi casa, y la alegría entera de la vida" (48).

Arete, conmovida, decide mediar ante su esposo, que no quisiera irritar a Eetes, terrible como enemigo. Después de escuchar a su mujer, Alcínoo opta por una sorprendente solución de compromiso que, a la postre, le resolverá a Jasón decidir sobre su destino junto a Medea. Declara el rey:

"Si Medea es doncella, la enviaré para que la devuelvan a su padre. Pero si ha

compartido el lecho con el extranjero, no la voy a apartar de su esposo, ni la entregaré a sus enemigos si lleva alguna descendencia en sus entrañas" (49).

Es decir, no sólo los obliga involuntariamente a casarse, sino también a Jasón a desarmar el cinturón virginal de la joven, que permanecía aún "*puro e intacto*", como en el palacio de su padre.

No puede decirse, en puridad, que sea éste un matrimonio deseado, al menos por las dos partes, sino más bien el producto inopinado y forzoso de una decisión salomónica.

Por lo demás, la apatía de Jasón como arquetipo heroico, de la que Diel hace un sugestivo análisis (50), se prolonga hasta el final de las Argonáuticas.

No deja de resultar inaudito y un punto escandaloso que en la mayor gesta colectiva griega, repleta de héroes tan reputados como Heracles, Clitio, Ergino, Idas o el mismo Jasón (todos ellos paradigmas helenos de la virilidad), tenga que ser una mujer, una chiquilla para colmo meteca, la que resuelva las más comprometidas situaciones y saque repetidamente de apuros a los héroes, que sin ella volverían a casa con las manos vacías o quizá no regresarán nunca.

En verdad, desde el primer momento en que aparece, Medea se adueña de la historia desplazando a las demás figuras a un segundo y tercer planos, y a través de ella el poema va tiñéndose progresivamente de psicologismo hasta conseguir que el escenario de los hechos sea, no ya una geografía más o menos verídica, sino su propia alma atribulada y temerosa. Es así como Medea se eleva por encima del resto de los caracteres cubriéndolos con su abrumadora sombra.

Después de las **Argonáuticas**, la bibliografía griega sobre Medea escasea y es como de trámite. Tres son, fundamentalmente, los textos que hablan de ella, siendo el de Apolodoro (el siguiente en cronología al poema de Apolonio) el que abunda mejor en su figura.

Apolodoro, quienquiera que este autor sea (51), dejó a finales del siglo I a. C. numerosas referencias de Medea en su enciclopédica **Biblioteca**. En el largo y último capítulo del Libro Y, se nos vuelve a relatar, con gran aparato de detalles en lo que a filiaciones y topónimos se refiere, la crónica del viaje de los argonautas y el origen del vellocino de oro. En este contexto aparece Medea. Apolodoro parece atenerse escrupulosamente a la secuencia y contenido de los hechos que Apolonio elaborara tiempo atrás. Sólo en una cosa discrepan: en la versión del primero es Medea la que mata y despedaza a su hermano, quizá por influjo de Eurípides que acusa a la colca de ser la autora del crimen.

Hasta la llegada a Yolcos (con la que Apolonio corona su obra) el resto se desarrolla de forma similar. Sin embargo, después, Apolodoro nos suministra nuevos datos, algunos ya difundidos por Eurípides, gracias a los cuales volvemos a ver a Medea instalada en su tierra, con lo que se sugiere un círculo biográfico prácticamente completo.

Como ya conocemos, Medea, impelida por su esposo a vengar las muertes de sus padres y hermano, engaña a las hijas de Pelias, el tirano fratricida, con falsas ilusiones de juventud que dan con el padre de éstas en un caldero, troceado y cocido sin reposición posible. Esto fuerza a Acasto, hijo de Pelias, a expulsar a Jasón y Medea de Yolcos. La pareja se instala en Corinto donde vive feliz diez años. Allí, Creonte, rey de la ciudad,

"prometió dar a su hija Glauce a Jasón, quien abandonando a Medea se casó con ella" (52). Lo que sigue lo sabemos por Eurípides, al que Apolodoro se ciñe en todo momento.

Cuando Medea llega a Atenas para casarse con Egeo, Apolodoro afirma que aquella tuvo un hijo con el rey: Medo, expulsado finalmente junto con su madre de la ciudad por conspirar contra Teseo. En esto coincide con Pausanias, que décadas después nos detallará el número y nombre de los hijos de la maga (53). De Medo se sabe que "sojuzgó a muchos bárbaros y llamó Media a toda la tierra sometida a él; murió en la lucha contra los indos" (54).

En ese momento se decide Medea, según Apolodoro, a regresar a la Cólquide, y al enterarse de que su padre ha sido depuesto por Perses, su hermano, no duda en asesinar a su tío y devolver el reino a su padre. La oveja descarriada ha vuelto al redil y la reconciliación entre padre e hija marcará el inicio de una nueva vida para nuestra heroína, ahora ya junto a los suyos para siempre.

De aquella conspiración contra Teseo quien se ocupa de veras es el beocio Plutarco, ya casi consumido el siglo primero de nuestra era, en tiempos de Trajano. El autor de la monumental *Vidas Paralelas*, galería de griegos y romanos ilustres, dedica también al héroe ático por excelencia una de sus "vidas" (55) y en ella aparece, inmersa en un turbio asunto, Medea.

Plutarco incide primordialmente en la naturaleza perversa de nuestra protagonista y en el uso interesado que practica de sus ilimitados poderes. Nos advierte, por ejemplo, que Egeo cohabita con ella únicamente por la ilusión de ser fértil y poder tener un hijo: "Pues Medea, cuando huyó de Corinto, bajo pretexto de librar a Egeo con fármacos de la falta de hijos, vivía con él" (56). Habría que añadir que no era la primera vez que Egeo intentaba tener descendencia; lo había ensayado, al principio, casándose con Meta, hija de Hoples, y más tarde, en unas segundas nupcias, con Calcópe, hija de Calcodonte, pero en ambas tentativas sin resultado. Alicaído fue a consultar el oráculo de Delfos y la Pitia le dio por respuesta unas palabras de tan intrincada significación que no supo descifrarlas: "No desates tú, el más excelente de los hombres, la boca que sale del odre de vino antes de que hayas llegado a lo más alto de la ciudad de Atenas". Cuando le comentó al rey Piteo la sentencia de la médium éste se apresuró a embriagarlo y acostarlo con su hija Etra. El fruto de esa apañada unión pudo ser Teseo, aunque como Etra fue desvirgada esa misma noche por Posidón, flota la duda sobre la paternidad de tal hijo.

De regreso Egeo a la ciudad, Medea sale a su encuentro y le promete remedio a su esterilidad si se casa con ella. Medo será la prueba del buen hacer de la maga. Años más tarde, Teseo, ya crecido, marcha a Atenas y como quiera que Medea lo descubre "y como Egeo no sabía nada, era viejo y estaba asustado de todo por el estado de revuelta, lo persuadió para que invitando al extranjero, lo matara con sus venenos" (57).

Mas la treta de su mujer no logra el objetivo. El padre descubre a tiempo la personalidad de su hijo y es Medea la que tiene que escapar apresuradamente llevándose a Medo.

Esto es, grosso modo, lo que nos cuenta Plutarco, para quien Medea vuelve a ser esa hechicera malvada a la que ya retratará Píndaro.

Llegamos así al siglo II d. C., centuria que sanciona la lenta agonía que padece la literatura en griego y que se prolongará unos tres siglos más. El estado ruinoso de

Grecia continental, tras las guerras civiles del siglo V a. C., facilita al Imperio romano su penetración en estas tierras y a partir del año 27 a. C. Roma asimila a Grecia, convirtiéndola en la provincia senatorial de Acaya.

Pese a tal dominio, no pocos escritores de ese tiempo siguen escribiendo en griego, lengua que no acaba de perder sus prerrogativas culturales hasta una vez entrado el siglo V d. C. Entre esos escritores se cuentan Pausanias y Ateneo de Náucratis.

Del primero, renombrado periegeta, ya nos hemos ocupado anteriormente con motivo de la controversia suscitada en torno a la muerte de los hijos de Medea. Su **Descripción de Grecia** que elaboró en diez libros no sólo es importante por sus descripciones topográficas o arquitectónicas, sino también por las copiosas noticias sobre temas históricos y mitológicos (58).

En el ámbito de los últimos se insertan las observaciones que a Medea le dedica. No obstante, la información que Pausanias nos aporta sobre el personaje es, a estas alturas, redundante y sólo cabe destacar el dato según el cual los hijos que Medea tuviera con Jasón, de nombres Mérmero y Feres, descansan en Corinto, pues allí están sus sepulcros (59).

De índole otra pero igualmente irrelevantes son las alusiones que el africano de Náucratis destina a Medea en el Libro XIII de su **Banquete de los eruditos**. Bajo el título **Sobre las mujeres** (60) Ateneo congrega una ingente cantidad de féminas de toda clase y condición, a la manera de un *erotikòs katálogos*. Medea no es precisamente una de las estrellas de la obra, quizá porque su arrolladora personalidad se llevaba mal con las intenciones un tanto misóginas del autor, para quien la mujer sólo existe en función de las contingencias del varón.

Al comparar las distintas concepciones que sobre el concubinato tenían las mujeres persas y las griegas, Ateneo afirma que mientras la reina de Persia tolera un gran número de concubinas, las griegas ven con malos ojos a las amantes de sus maridos. Como ejemplo se fija en la esposa de Amintor que acaba con Clítia, la preferida de su hombre, o en Clitemnestra, que enloquecida por la pasión mata a Casandra. Medea no podía faltar a tan visceral cita y de ella nos dice: "Y Medea, aunque sabe que la costumbre es propia de bárbaros, ni siquiera ella, (acepta) la boda de Glauce, por haber adaptado su forma de vida a hábitos mejores y propios de los griegos" (61).

De las palabras de Ateneo concluimos el meritorio ejercicio de integración de formas de vida griegas que Medea supo incorporar a su experiencia, sin duda, por amor a Jasón, y que se vio inútil por la decisión de éste de abandonarla para casarse con la hija del rey Creonte.

Unas páginas más adelante se incide en las consecuencias que acarreó la actitud del Esónida y que Ateneo aprovecha para engordar aún más el catálogo de desgracias provocadas por mujeres. Enumerando casos de casas enteras arruinadas por éstas, se cita "la de Jasón por su boda con Glauce, la hija de Creonte" (62) dando a entender la tragedia personal sufrida por el héroe que quedó sin descendencia y sin posibilidad de perpetuarse con su nueva compañera.

La última referencia a la filicida tiene como objeto subrayar el privilegio de algunos hombres al disfrutar de un gran número de mujeres; entre éstos se cuenta Egeo, cuya postrer esposa fue Medea (63).

Estas son, en resumidas cuentas, las principales fuentes que pueden hallarse en la literatura griega sobre Medea. Por supuesto, hay otras muchas, incluso algunas de ellas preceden en el tiempo a las de Ateneo o Pausanias, pero ya no son griegas, están expuestas en otras lenguas, principalmente el latín. Es el caso de Ovidio (64) o Séneca (65), hijos de otra cultura aunque beban todavía del manantial heleno.

El personaje, no obstante, por su complejidad y trascendencia ha devenido universal y no ha habido época en que no haya sido reelaborado o simplemente examinado.

Al margen de las tragedias que sobre su figura compusieron poetas como Sófocles, Esquilo o el mismo Eurípides, en cuya primera obra, *Las Pelíadas*, Medea ya intervenía decisivamente, —y hoy todas ellas perdidas— el sello de su arrebatada humanidad recorre el largo camino que va desde Valerio Flaco hasta Pasolini, sin olvidar a escritores como Corneille, Grillparzer o el todavía vivo Alfonso Sastre.

NOTAS

- (1) Desborough, V. R. d_A., "The end of Mycenaean Civilization and the Dark Age", Cambridge, 1975.
- (2) Hammond, N.G.L., "Migrations and Invasions in Greece and adjacent areas", New Jersey, 1976.
- (3) Conacher, D.J., "Euripidean drama (myth, theme and structure)", Toronto, 1973, p. 184.
- (4) Apolonio de Rodas, "El viaje de los argonautas", edición de Carlos García Gual, Madrid, 1983, p.13
- (5) En este sentido son interesantes las obras de : Graves, R., "The Greek Myths", II, Londres, 1955; Meuli, K., "Odyssee und Argonautika", Berlín, 1921.
- (6) García Gual, C., op. cit. p. 14.
- (7) Cf. Burn, A.R., "The world of Hesiod, a study of the greek middle ages c. 900-700 b.C.", Londres, 1936, p. 180; Edwards, G.P., "The language of Hesiod in its traditional context", Oxford, 1971; Finley, M.J., "El mundo de Odiseo", La Habana, 1970, p. 44, entre otros.
- (8) Hesíodo, "Obras y Fragmentos", edición de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, Madrid, 1978.

- (9) Hesíodo, op. cit. p. 111.
- (10) Leyendo atentamente la *Teogonía* nos damos cuenta de que su autor recurre repetidamente, al igual que hiciera Homero, al recurso estilístico de la repetición de sintagmas, frases y hasta versos enteros. Así, presumirán de bellos tobillos mujeres como Alcmena, esposa de Anfitrón y madre de Heracles, y Anfititre, unida a Posidón y reina del mar, entre otras. Para el análisis de las estructuras métricas fijas del verso épico o hexámetro véase: Parry, A., "The making of Homeric Verse. The collected papers of Milman Parry", Oxford, 1971; Meillet, "Aperçu d'une histoire de la langue grecque", Paris, 1942.
- (11) Grimal, P., "Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine", Paris, 1951.
- (12) Hesíodo, op. cit. p. 112 y s.
- (13) Apolodoro, "Biblioteca", edición de Javier Arce y Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Madrid, 1985.
- (14) Pausanias en su "Descripción de Grecia" también se hace eco de ella pero sin aportar más datos de los ya suministrados por el propio Hesíodo.
- (15) Píndaro, "Obras y fragmentos", edición de Alfonso Ortega, Madrid, 1984, p. 162.
- (16) Píndaro, op. cit. p. 163.
- (17) Píndaro, op. cit. p. 175.
- (18) Homero, "Odisea", edición de José Luis Calvo, Madrid, 1990.
- (19) Isla del mismo nombre que la ciudad de la Cólquide donde reina Eetes.
- (20) Homero, op. cit. p. 188.
- (21) Hesíodo, op. cit. p. 111.
- (22) Cf. Grimal, P., op. cit. p. 107.
- (23) Homero, op. cit. p. 194.
- (24) Píndaro, op. cit. p. 176.
- (25) Herodoto, "Historia", edición de Carlos Schrader, Madrid, 1986.
- (26) Se refiere a la expedición de los argonautas en pos del vello cino de oro que Frixo, huyendo de su madrastra Ino, había regalado al rey Eetes, y que Jasón reclamaría a instancias de Pelias.
- (27) El mito nos cuenta que Ío arribó a Egipto metamorfoseada en becerra, escapando del tábano que Hera, celosa, le había procurado.
- (28) Herodoto, op. cit. p. 87.
- (29) Herodoto, op. cit. p. 88.
- (30) Eurípides, "Tragedias", edición de J.A., López Férez, Madrid, 1992.
- (31) Lesky, A., "Historia de la Literatura Griega", trad. esp., Madrid, 1968, p. 389.
- (32) Postura que defiende Zürcher, W., "Die Darstellung des Menschen im Drama des Euripides", Basilea, 1947.
- (33) Lesky, A., "La tragedia griega", trad. esp., Barcelona, 1966, p. 163.
- (34) Esta cuestión está ampliamente tratada por Jaeger, W., "Paideia. Los ideales de la cultura griega.", trad. esp., México, 1968.
- (35) Conacher, D. J., op. cit. p. 185.
- (36) Eso es lo que se desprende del escol. g. Píndaro, Ol. XIII.74 que recoge Page, D.L., "Literary Papyri: Poetry", Londres, 1941.
- (37) Conacher, op. cit. p. 185 y s.
- (38) Grimal, P., Op. cit. p. 208.
- (39) No confundir con el constructor de la nave, también llamado Argos.
- (40) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 149.
- (41) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 149.
- (42) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 151.
- (43) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 190.
- (44) Diel, P., "Le symbolisme dans la mythologie grecque", Paris, 1966.
- (45) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 193.

- (46) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 195.
- (47) Era como se conocía antes a Tesalia. El héroe que le dio nombre fue Hemón, hijo de Pelasgo y padre de Tésalo.
- (48) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 210.
- (49) Apolonio de Rodas, op. cit. p. 212.
- (50) Diel, P., op. cit. ps. 165-176.
- (51) Para su rastreo biográfico véase la introducción de Javier Arce en Apolodoro, op. cit. ps. 16-19.
- (52) Apolodoro, op. cit. p. 82.
- (53) Pausanias, op. cit. p. 222.
- (54) Apolodoro, op. cit. p. 83.
- (55) Plutarco, "Vidas Paralelas. Teseo", tomo 1, edición de A. Pérez Jiménez, Madrid, 1985.
- (56) Plutarco, op. cit. p. 168.
- (57) Plutarco, op. cit. p. 169.
- (58) Díaz Tejera, A., "La historiografía de época imperial" en "Historia de la Literatura Griega", edición de López Férez, J.A., Madrid, 1988.
- (59) Pausanias, op. cit. p. 222.
- (60) Ateneo de Náucratis, "Sobre las mujeres", edición de Sanchis Llopis, J.L., Madrid, 1980.
- (61) Ateneo de Náucratis, op. cit. p. 54.
- (62) Ateneo de Náucratis, op. cit. p. 67.
- (63) Ateneo de Náucratis, op. cit. p. 56.
- (64) Ovidio dedica a Medea algunas palabras en obras como "Arte de Amar", "Remedios contra el amor" o "Metamorfosis". Incluso le consagra una especie de elegía erótica que lleva su nombre.
- (65) Séneca tiene una tragedia de título homónimo al de Eurípides y que debe, por cierto, mucho a éste.